

Aguas aéreas

Fábula con poema al fondo

David Huerta

En la fábula, el río de Sevilla no es el de los turistas ni el de la geografía ni el de la hidrografía. Para no dudar del sitio en donde nos hallamos, allá está, como si sobrevolará las aguas con gracia de cosa alada, imborrable contra el cielo de Andalucía, la silueta de la Giralda. Al principio, entonces, es nada más el río —lleno de brillos y de colores— de Lope de Vega.

Debemos oír el sonido de plata de una voz, la voz de Victoria de los Ángeles, ante la aparición de esa presencia fluvial. He aquí el río sevillano de Lope:

Río de Sevilla,
¡cuán bien pareces
con galeras blancas
y ramos verdes!

El río aparece solitario en algunos tramos; luego hay personas, saraos, bullicio; o siquiera un caminante reflexivo, filósofo, metido en sí mismo mientras mide con sus pasos “el de grama césped no desnudo”. El de Sevilla es un río de soledades y un río cortesano; una suma contrariada de ruido ribereño y de orillas silenciosas, profundas.

Un río: un dios. Un río: tiempo, vida, fluir. “Nuestras vidas son los ríos...” se lee en las Coplas manriqueñas. Hay pocas imágenes al mismo tiempo simbólicas, alegóricas, mitopoéticas, como la del río arquetípico del gran instante fluido y de la presencia de plenitud en el seno de la eternidad: lo fugitivo permanente y pasajero, como en el soneto romano y peregrino de Francisco de Quevedo. Ríos grávidos de historia, de mitos, de poemas.

Este río de la fábula es el Betis —tal es su nombre fenicio; el nombre árabe es *Gualquivir*—, agua andaluza junto a la cual

los dos amigos —Alonso Tello de Guzmán y el capitán Andrés Fernández de Andrada, dechado de sevillanos— debieron pasar, en conversación amena y en soledad estudiosa, los años de la mejor amistad, bienaventurados ambos. Los negocios los llevaron, desgraciadamente, por caminos distintos: Tello de Guzmán fue regidor de una ciudad al otro lado del mar; el capitán Andrada murió en San Luis Potosí, también en esas remotas e inimaginables latitudes del llamado Nuevo Mundo. En tierras extranjeras, había hecho el bien hasta la extenuación. Su cadáver de pobre fue arrojado a la fosa común.

El Betis quedó lejos para siempre. Pero en la fábula está cerca: es un río íntimo. Es un río para las conversaciones de los dos amigos.

Los dos amigos conversan junto al río, según la fábula; pero en la dura e inexorable realidad histórica se separaron en algún momento no precisado —y el Betis no escuchó jamás sus intercambios verbales, sus historias de vida, sus evocaciones, sus confesiones y sus reflexiones en alta voz. Los brillos del Betis se atemperarían, sin duda, en la conversación inteligente de los amigos, Guzmán y Andrada: el aire se remansaría, se serenaría como en el poema frayluisino dedicado al maestro Salinas, vihuelista, y la diáfana atmósfera sevillana adquiriría otro semblante —una nobleza de filosofías antiguas, venerables; un ámbito alejado de las vanidades y los negocios, a veces brutales, del siglo:

Ven y reposa en el materno seno
de la antigua Romúlea, cuyo clima
te será más humano y más sereno.

Entre el capitán Andrada y Tello de Guzmán se interpuso una entidad o institución

compleja, a la vez fantasmal y concreta: la corte, esa “antigua colonia de los vicios”. Debemos entender esa palabra en un sentido amplio: “corte” equivale a vida palaciega, a ciudad, a ruido de grupos y aun de multitudes; corte es el mundo y es el siglo por contraste con el trasmundo y la vida monástica de los retiros espirituales; es, como bien dice fray Luis de León, el “mundanal ruido” del cual huye el bienaventurado consagrado a la búsqueda de la sabiduría. Está en la oda a la vida retirada del genial agustino; está en el romance lopesco de *La Dorotea* (“A mis soledades voy”) y en los tercetos de Manuel José Othón en uno de los últimos poemas de su vida.

Alonso Tello de Guzmán recibió un segundo bautismo, para la eternidad y la gloria: es el *Fabio* del poema, el destinatario de las meditaciones en verso forjadas por su amigo, el capitán Andrada. Los admirables tercetos encadenados, según el canon italiano —portento de sobriedad, brillo y honddura; milagro de la prosodia—, resultaron difíciles de clasificar con las rotulaciones de los historiadores y de la enseñanza escolar: este poema, ¿dónde debe colocarse? ¿Es un poema conceptista, culterano, neoclásico, barroco, manierista? La *Epístola moral a Fabio* puede ser cualquiera de esas cosas en ciertos momentos; pero es un poema único, cuya singularidad no responde, como en el caso de las obras de verdad valiosas, a los presupuestos de ninguna escuela, movimiento o tendencia.

Los lectores modernos —algunos de ellos: los más condicionados, en sus reflejos intelectuales, por los prejuicios— suelen hacer un mohín ante la palabra “*moral*” en el título: ¿no habíamos llegado a un acuerdo en la asamblea: nada de ideas, nada de ética, nada de ideología, nada de “su-

perestructuras”, nada de política en el poema? Es un acuerdo riesgoso o peligroso, por no decir ridículo: con tantas prohibiciones desprendidas de ese “acuerdo”, poco le quedaría al poema: hablar de sí mismo, hablar del lenguaje; apenas algo más. ¿Diálogos? Ahí está el teatro. ¿Descripciones? Novelas, cuentos, ensayos se ocupan de eso. ¿Exposición de ideas? Una vez más el ensayo, el tratado, la novela “de tesis”. Un poeta mexicano lo dijo inmejorablemente, con la impaciencia apenas disimulada y la explicable irritación ante esos hechos, esas renunciadas, esas prohibiciones:

Estamos bajo el imperio de la lírica. La poesía ha abandonado una gran parte del territorio que dominó en otros tiempos como suyo. El diálogo, la descripción, el relato, así como otras muchas maneras de poesía, que con tan notoria eficacia se combinaron en libros como —por ejemplo— el del *Buen Amor* del Arcipreste de Hita, se han ido a engrosar los recursos del teatro y de la novela.

Son pasajes de las valiosísimas “Notas sobre poesía” de José Gorostiza, de 1955. Relato, descripción, diálogo y muchas “otras muchas maneras de poesía” son como vastas provincias cedidas por la poesía, absurdamente, inexplicablemente, a los otros géneros —la explicación sería, en todo caso, la bonanza de ese arbitrario imperio de la lírica, adonde se ha llegado, supongo, por los caminos torcidos trazados por la herencia romántica. (Al lado de esos saludables malos humores, Gorostiza declaraba su nostalgia por la “composición en grande”, a la cual han renunciado, pérdida enorme, los poetas de 1955 y los posteriores, como sabemos bien).

Así, entonces, la *Epístola moral a Fabio* fue escrita sin esas censuras poéticas, tan ásperas e irreflexivas: el del capitán Andrada es un poema escrito con toda libertad. Compuesta con las formas clásicas de la poesía italiana, la sustancia íntima y a la vez manifiesta de la epístola estoica de Andrada es la de la filosofía moral antigua (Séneca, Epiceto), entendida según las modulaciones propiamente españolas del tema, en particular la fórmula —consagrada por un escritor muy simpático y muy arbitrario: el obispo de Mondoñedo, Antonio de Guevara—:

“menosprecio de corte y alabanza de aldea”. Desde luego, es un tema distintivo de los círculos ilustrados de la época en el siglo XVI y a principios del siglo XVII —hay huellas claras, por ejemplo, de la lectura de Guevara en *El Quijote*.

El bellissimo poema del capitán Andrés Fernández de Andrada tuvo una contraparte trágica: su vida franciscana en la Nueva España. Debemos tanto la valoración y comprensión de su poema, cuanto las noticias sobre su vida —y su heroica y humilde muerte— a un puñado de sabios de España y de México: Adolfo de Castro, Manuel Toussaint, Dámaso Alonso, Salvador Cruz.

En Tehuacán y en su tertulia de los portales en la ciudad de Puebla, al lado de Pedro Ángel Palou García, el maestro Cruz es una figura digna de toda mi admiración y mi cariño: el sabio auténticamente modesto. A su lado, tantos pavorreales del “medio literario” de México o de cualquier parte del mundo me parecen caricaturas patéticas. Haber conversado con Salvador Cruz es una de las prendas de mi vida; algo de lo cual puedo sentirme de veras orgulloso.

La fábula, entonces, es la de una conversación conjetural: la charla de los dos amigos sevillanos junto al río Betis. Esa conversación nunca tuvo lugar. En ese intercambio habría un tema cardinal: un ideal de vida:

Un ángulo me baste entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve,
que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
naturaleza al parco y al discreto,
y algún manjar común, honesto y leve.

Es el *aurea mediocritas* como aspiración de vida: la dorada medianía. Los modernos nos sobresaltamos ante el latín *mediocritas*: ¡no soy ni he sido ni seré jamás un mediocre!, exclamamos con indignación. Tenemos otros “ideales de vida”: posesiones, *gadgets*, dinero, vacaciones suntuosas, reconocimiento, influencia, prestigio, fama pública —ideales de cortesanos, empapados de una dogmática, soberbia y hueca “modernidad”.

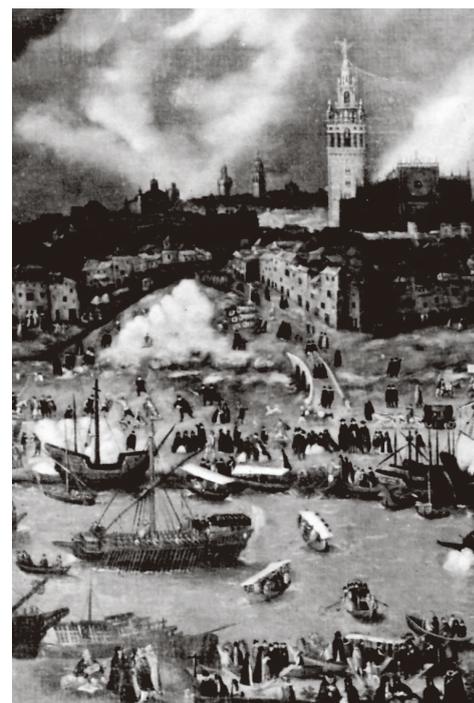
Leemos y releemos el poema en el cual el capitán invita a su amigo a retirarse a las

riberas del Betis; pero ese retiro no ocurrió; sus destinos se separaron: uno —Tello de Guzmán, el sevillano pragmático, realista— prosiguió su carrera como político y como cortesano (“augur de los semblantes del privado”); el otro murió en la miseria y dejó para la posteridad un poema cuya vida será igual a la de la lengua española: mientras ésta exista, habrá lectores y relectores de la *Epístola moral a Fabio*.

Cuando todavía no se conocía la identidad de su autor, la *Epístola moral a Fabio* era asignada a un Anónimo Sevillano. (En diferentes momentos fue atribuida a Francisco de Rioja, a los aragoneses hermanos Argensola, a Francisco de Medrano). La fecha de su composición, ahora, está clara: 1612. Su valor extraordinario nunca estuvo en duda; como el de estos versos (debe leerse “*perfeta*” por la rima):

Sin la templanza ¿viste tú perfeta
alguna cosa? ¡Oh muerte!, ven callada
como sueles venir en la saeta.

Al fondo de la escena imaginaria, entre las frondas ribereñas del Betis, en una fresca penumbra (*locus amoenus*), el poema del capitán Andrés Fernández de Andrada sigue vivo, espejeante: columna de palabras de una severa inteligencia y de una noble musicalidad. Leámoslo, releámoslo continuamente, “antes que el tiempo muera en nuestros brazos”. **U**



Sevilla